

los retos de la historia ante la postmodernidad y las nuevas corrientes historiográficas

marisa gonzález de oleaga*

introducción

Se me ha encomendado exponer -y en cierto sentido exponerme- sobre la situación actual de la historiografía. De hecho, se barajaron dos posibilidades distintas de llamar a esta intervención: los retos de la historia ante la postmodernidad y las nuevas corrientes historiográficas. En un arranque de soberbia post-juvenil o pre-madura -si se prefiere- he decidido incorporar los dos problemas a la exposición. Y esto es así porque me parecía que optar por uno u otro iría en detrimento de la inteligibilidad de la cuestión. Hablar de los «retos» que la postmodernidad ha supuesto para la escritura de la historia sin referencia a casos concretos, o abundar y describir esos casos sin hacer alusión a la problemática que le da sentido, se me antojaba iba a restar fuerza y credibilidad al conjunto.

¿Cómo la historiografía ha negociado y negocia con el pensamiento post-moderno? Es el problema que nos ocupará aquí y ahora. Pero lejos estamos de cerrar la cuestión, y planteado así hay que hacer algunas precisiones. En primer lugar, no existe tal cosa como el pensamiento post-moderno, si por pensamiento entendemos un conjunto articulado de enunciados que nos dicen cómo es el mundo, cuál es el lugar o el rol de la ciencia, del investigador, qué teoría de la realidad manejar, qué

*Profesora de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Fundación Ortega y Gasset

papel juega la explicación, cuáles son los criterios de evaluación, etc. (Ustedes podrían decir, y dirían bien, que otro tanto se podría decir del supuesto y tan mentado pensamiento moderno.) En segundo, las nuevas prácticas historiográficas no son «nuevas», si por ello queremos entender radicalmente distintas a las anteriores.

Si algo caracteriza al pensamiento post-moderno es la falta de consenso interno y la existencia de notables diferencias entre los distintos autores que se reconocen como tales. Por eso estamos muy lejos de poder hablar de un «antes» y de un «después» de la irrupción de este pensamiento, y más bien -para no violentar excesivamente la realidad en aras de un cierto prurito clasificatorio- deberíamos hablar de un «durante», porque el proceso está abierto y la negociación está en marcha.

Creo que puedo afirmar, con un margen de error aceptable, que el pensamiento post-moderno no es una teoría en sentido estricto y en lo que nos afecta a nosotros, un nuevo paradigma, sino más bien una advertencia, un aviso de las insuficiencias de los programas de investigación derivados del pensamiento moderno. No pretende sustituir antiguas certezas con otras nuevas, sino desestabilizar las anteriores para dar paso a certezas provisionales que posibiliten nuevas prácticas. Es una apuesta por la búsqueda de nuevos caminos ante la percepción de que los anteriores son «vías muertas». Y como toda búsqueda, comporta grandes riesgos: uno, y no es el menor, de convertir alguno de los nuevos itinerarios en mapa oficial (es el caso del formalismo de Hayden White¹); otro, sucumbir al desaliento y confundir el camino, los itinerarios con el objetivo, que es alguna suerte de meta -por muy provisional que ésta sea-. Entre uno y otro extremo se mueve toda una masa crítica de trabajos, prácticas y concepciones de gran riqueza que son nuevas parcialmente. Algunas de ellas podrían ser asumidas sin demasiados problemas por algunos de los programas de investigación modernos y su novedad reside en arrastrar al centro de la práctica historiográfica lo que antes era tenido por marginal o periférico.

Lo que yo quiero defender hoy aquí es un uso crítico, una incorporación meditada de los retos de la postmodernidad desde la tradición (¿desde dónde si no?) cuestionada (y esto es post-moderno). Reconocer que el lenguaje no es el reflejo de la realidad no es igual que afirmar que la realidad sólo es lenguaje, o reconocer que la historia se nos presenta en forma textual no implica ninguna suerte de reducción de la complejidad histórica al texto, o en todo caso implica nuevas consideraciones

¹ WHITE, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

de la textualidad. De igual forma que rechazar el programa de emancipación de la modernidad no es lo mismo que regodearnos en la propia miseria o creer que éste es el mejor mundo posible, por ser el único.

Ahora bien, como se trata de una cuestión de sutilezas -del lenguaje-, dicho esto, la reacción (y he comprobado que esto es así también en otros ámbitos académicos como el anglosajón), es inmediata: reconozco que el pasado se presenta en forma textual -que generalmente se confunde con el lenguaje- pero como no sé muy bien a dónde me puede llevar tal cosa, sigo trabajando como si no fuera así, sigo leyendo los textos, los relatos, las narraciones de forma más o menos literal; o, en el mejor de los casos, hago una crítica de las fuentes, intentando descubrir las intenciones del autor o categorizando los documentos de acuerdo a su origen y destino (los documentos secretos son más veraces que las alocuciones públicas); o apelo a contextos de referencia que los saco de la textualidad. Entre esta posición y la contraria -todo es texto y no hay referente posible- se mueve un espacio intermedio que exige de una posición distinta: ¿qué es un texto? ¿cómo relacionar texto y contexto? ¿cómo abordar el problema de la textualidad sin ser tragados por él?. Y es aquí donde creo que algunas técnicas que, llamémosle, la historiografía post-moderna recrea y toma prestado de la crítica literaria y de la lingüística y de la filosofía del lenguaje pueden ser de alguna utilidad.

Pero lo pueden ser a condición de que asumamos esa posición abierta e intermedia, esa posición de búsqueda riesgosa. Entonces, a las consabidas preguntas de «¿entonces qué?» o a la afirmación de «todo esto está muy bien, pero no es nada nuevo», yo me atrevería a responder que, efectivamente, no hay nada nuevo en las preguntas -buena parte de los debates en torno a la relación entre mundo y lenguaje son antiguos- pero sí lo puede haber en las respuestas, entendidas como prácticas.

Sé que todo esto puede parecer una defensa del eclecticismo más temido, esa especie de picoteo de «aquí y de allá» que atenta contra las consignas de la pretendida historia científica y he de reconocer que de algún modo es así. Es una defensa de la combinación crítica de posibilidades metodológicas y técnicas ante la desconfianza en las grandes certezas. Son los problemas que plantea el historiador los que deben determinar la elección de los instrumentos, el uso la adecuación de los procedimientos a emplear en una suerte de instrumentalismo rortiano.

Porque lo único que permite hablar de pensamiento post-moderno es, precisamente, esa desconfianza en las grandes certezas, sean éstas de orden epistemológico, metodológico o político. Eso y la desconfianza en el origen y en la autoridad, que

es lo mismo que decir en el centro, en el autor y en los sujetos. Fuera de esto, pocas son las coincidencias, las semejanzas. Dentro, la polifonía es dominante (P. Roseneau ateniéndose a esta variedad de síntomas propone hablar de postmodernos escépticos y post-modernos afirmativos²) y eso lejos está de ser, creo, un obstáculo a salvar, más bien creo que ha de ser una riqueza a proteger (como creo que también lo es en su correlato político: la exclusión del disenso no es el objetivo de la democracia pluralista, sino que su existencia y permanencia es condición de posibilidad y aquí no soy rortiana sino derridiana, si es que algo así es posible).

Dicho todo esto, voy a trazar un cuadro general de la historia de esta historia, de la negociación entre historia y postmodernidad y de los problemas que plantea una clasificación semejante. A continuación voy a dibujar un marco de actuación posible en el que se intentará definir cierta coherencia provisional -que tienen que ver con mi trabajo- dentro de la polifonía que a algunos les resulta cacofónica. Todo esto para sugerir que «ni integrados ni apocalípticos» sino irredentos y apatridas y erráticos.

una historia de esta historia: la negociación entre la historiografía y la postmodernidad

El malestar en la historiografía no es nada nuevo. Marxistas de distinta índole, analistas, cliómetras, empiristas pueriles y sofisticados han convivido y coexistido en este siglo con concepciones muy diferentes sobre la historia y su quehacer y sobre la función del conocimiento histórico. Se han intentado toda suerte de clasificaciones para hacer más o menos inteligible el panorama del «antes», de las historias modernas para poder distinguir así, y hacer apreciable contra qué se definen las historias post-modernas. Keith Jenkins³ habla de las Historias con mayúsculas y de las historias con minúsculas y traduce las primeras como Historias deliberadamente ideológicas (marxistas y liberales), y las segundas como pretendidamente no ideológicas (también desde la izquierda y la derecha). Por su parte, Alun Munslow⁴ habla de reconstrucionistas, construcciónistas y deconstrucciónistas, atendiendo a las teorías de la realidad a las que los del "antes" y del "después" y sobre todo los del "durante" (la irrupción del pensamiento post-moderno) se adscriben y defienden.

² ROSENEAU, Pauline, «Modern and Postmodern Science. Some Contrasts», en *Review*, vol. XV, N° 1, 1992.

³ JENKINS, Keith (ed), *The Postmodern History Reader*, New York, Routledge, 1997

⁴ MUNslow, Alan, *Deconstructing History*, New York, Routledge, 1997

Pero, ¿se puede fijar algún momento como clave para el reconocimiento de este malestar, o una mayor profundización en la falta de consenso?, ¿hay algún signo, alguna señal? Se puede, aunque no deja de ser una referencia bastante arbitraria. Estoy segura que si nos dedicásemos a rastrear las discusiones que el pensamiento post-moderno lleva a escena en las últimas décadas las encontraríamos en la periferia de la historiografía o de la filosofía de otras épocas. Lo que hace el pensamiento post-moderno es reinterpretarlas y lanzarlas a escena. Esto ha sido así en el caso de la física o en el de la biología. La teoría del caos o el paradigma de la complejidad no son inventos nuevos sino re-interpretaciones de discusiones anteriores (el principio de indeterminación de Heisenberg...). En los programas historiográficos modernos no existe consenso absoluto, pero hay ciertos lugares comunes: una cierta similitud en la concepción de la realidad, de los objetivos de la ciencia o del conocimiento histórico, sea en su vertiente marxista o liberal. Además el disenso se produce entre grupos que más allá de ese lugar común que comparten, mantienen amplias diferencias. El pensamiento post-moderno atenta contra esos lugares comunes y lo hace sin plantear alternativas grupales posibles. Deja el lugar de los grandes paradigmas, de las grandes teorías, vacío y lo sustituye por una proliferación de prácticas que no se sostienen en declaraciones de principios sino en la posibilidad de generar otras nuevas.

Creo que podemos situar el debate entre Lawrence Stone y Eric Hobsbawm⁵ como momento crítico, en el que el primero da cuenta de un cierto panorama historiográfico que él considera crítico -marxistas, cuantitativistas, etc.- y aboga por despejarlo -¿llegar al tan ansiado consenso?- mediante una vuelta a la narración. Resultaba evidente que para Stone, el común denominador de todas esas formas de hacer historia era su rechazo a la pretendida historia científica de filiación marxista. Hobsbawm, por su parte, no ve en esa proliferación de prácticas crisis alguna, sino más bien, el signo de una indudable salud de la disciplina. Estamos en 1979 y la discusión aparece en la revista *Past and Present*. Al debate se incorporaría, luego, Abrams y en la década siguiente, Gabrielle Spiegel, Patrick Joyce, N. Zemon-Davis, entre otros.

De más está decir, que la vuelta a la narración que propugnaba Stone (y que luego lo harían otros como Elton⁶, más recientemente) era una consecuencia no necesaria, era la forma de reorganizar ese panorama polifónico que a Stone parecía causarle cierta inquietud. Semejante propuesta causó bastantes resquemores y se cre-

⁵ STONE, Lawrence y HOBSBAWM, Eric, «La historia como narrativa», en *Debuts*, N° 4, 1992.

⁶ ELTON, Geoffrey, «Return to Essentials», 3n K. Jenkins (ed), op. cit.

yó ver en ella la vuelta de la "vieja historia política" (sin entender que uno nunca viene, sino que siempre va). Según otro de los que intervinieron en el debate, C. Lloyd, el nudo gordiano de la discusión era la sempiterna problemática entre individuos y estructuras y entre los aspectos materiales, sociales y mentales de la sociedad. Nuevos temas, nuevos sujetos históricos, nuevas técnicas, nuevos tiempos eran los síntomas de la crisis. Si bien algunas corrientes podían asumir este envite, es el caso de Annales porque en sus condiciones de pertenencia a la historia total -como reacción a la reificación de lo político- no figuraban criterios muy rígidos, resultaba más difícil de digerir en el caso de las corrientes filo-marxistas (más en teoría que en su propia práctica).

Más pegadas a una teoría fuerte con enunciados prescriptivos sobre determinaciones y muy relacionada con una filosofía de la historia que hacía de ésta un instrumento valioso para la revolución inevitable, la proliferación, sin orden ni concierto, de sujetos y niveles y la legitimidad de prácticas historiográficas, huérfanas de grandes teorías, no podía ser considerado como una forma más de hacer historia.

Así las prácticas se multiplicaron y el *Queso y los gusanos* de Cario Ginzburg o sus *Mitos, Emblemas e Indicios*⁷ saltaron a la palestra de las novedades, por no hablar de los trabajos de Roger Chatier, de N. Zemon Davis o las conversiones posteriores como la de Le Roy Ladurie. La historia de las mentalidades estaba en marcha, y la micro-historia se infiltraba en el campo de la macro. Por supuesto que se siguieron haciendo cosas a la manera -desde ese momento- tradicional. Sigue habiendo marxistas, y excelentes trabajos en este sentido -desde la sociología histórica, el trabajo de Theda Skocpol⁸ sobre las revoluciones-, o de empiristas más o menos sofisticados -buena parte de los trabajos que la etnohistoria ha llevado a cabo-, pero nada volvió a ser como antes. En el caso de la historiografía marxista, se ha virado de las estructuras a la acción y se han producido ciertos préstamos de otras disciplinas como la micro-economía. Así, la acción intencional, y la racionalidad instrumental se empieza a aplicar al campo de la historia. La mal llamada teoría de la elección racional -de génesis weberiana-, que sí es una teoría, ha penetrado en el campo historiográfico (es el caso de Robert Brenner). Por otra parte, la escuela de las mentalidades, la micro-historia se han beneficiado de una suerte de poligamia disciplinar con la antropología, la lingüística y la crítica literaria.

⁷ GINZBURG, Cario, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1981; *Mitos, Emblemas e Indicios: Morfología e Historia*, Barcelona, Gedisa, 1989.

⁸ SKOCPOL, Theda, *Los Estados y las Revoluciones Sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

«Todo vale» parecer ser la consigna, y así es, a condición de que el todo resista la tentaciones totalitarias. Me explico: la pluralidad metodológica no es una maldición, sino como decía Chartier en 1988, la prueba de fortaleza de la disciplina. En el caso del neomarxismo se puede aceptar que la intención es una propiedad de la acción, siempre y cuando no se quiera, y ha habido intentos, reducir la acción a la intención o el texto a su autor. Podemos convivir con la idea de una realidad compleja sin tener que hacer constantes disquisiciones sobre la naturaleza de lo real. Y lo podemos hacer mejor en esta disciplina -se trata de hacer del vicio, virtud- en la que ese tipo de discusiones nunca han sido centrales. «Todo vale» también si se adecua a los problemas planteados. Si mi interés reside en averiguar la cantidad de oro que, en un determinado momento, llegó a España desde América, difícilmente podré hacerlo con técnicas textuales, pero si mi problema es el del discurso político de un dirigente y su significación, la estadística no siempre será la mejor herramienta. Pero hay más, esto no es ninguna novedad, pero y ¿si cuestionase el problema inicial y si el volumen de oro no fuese tan importante y el impacto de su llegada ocupase ahora un lugar central? ¿Y si los efectos simbólicos de un sucesos fuesen más importantes, incluso para la economía, que sus efectos cuantificables?

Creo que en este punto es donde estas corrientes emparentan con el difuso pensamiento post-moderno (a pesar de Ginzburg) y se alejan de algunas de las formas de los programas modernos. Se oponen a ciertas lecturas filomarxistas pero también se distancian de Anales. No se trata de incorporar nuevos temas, problemas y tiempos, sino de los efectos erosionante que esas incorporaciones traen aparejados. Las mujeres, los pobres, el carnaval, ocupan el lugar que hasta hace poco copaban el proletariado, la burguesía y los sindicatos pero hay algo más. Pensar en la posibilidad de un estudio como el que propone el Queso y los gusanos de Ginzburg supone alterar algunas certezas respecto a las fuentes, al lugar y a la relación de lo individual y lo colectivo y a la función de ese conocimiento.

Pensar en la virtualidad del conocimiento de un caso excepcional -el de un molinero del siglo XVI que no es un ejemplo de los molineros de la época- y hacerlo desde fuentes indirectas, fragmentarias, hilvanando aquí y allá es, en cierta forma, un atentado no sólo al marxismo sino al propio estatuto de conocimiento histórico tal y como se había manejado hasta entonces. Porque este análisis micro no vuelve a la vieja historia pintoresquista y anecdotica. Ginzburg pretende a través de lo excepcional llegar a lo general y a cierta regularidad. No se puede hablar de regularidades sin dar cuenta de las excepciones. En la introducción plantea el problema señalando que su ejercicio micro intenta arrojar luz sobre las concepciones vigentes entre cultura de élite y cultura popular y hace un gran servicio a los nuevos

estudios sobre los procesos de dominación, pero no porque nos diga lo que es la dominación sino porque introduce una fractura, irrumpiendo con otro discurso que permite considerarla desde otros ángulos. Habla de lo indecible, señala los silencios, marca las deficiencias y lo hace donde más duele: reconsiderando lo que es objeto de la historia, atacando el fetichismo de las fuentes, restando autoridad tanto a la Historia como a las historias autocoplacientes. Es post-moderno y no lo es y de alguna manera reinventa la tradición.

Otro tanto podría decirse de los trabajos de Roger Chartier, más interesado en la representación del mundo que en su realidad intrínseca, en la circulación de libros que en la de mercancías. Efectúa un desplazamiento de la realidad a la significación y a las convenciones lingüísticas. Una nueva historia cultural que empieza a tomar a la cultura como matriz significante se ha puesto en marcha y el testigo será recogido por la escuela americana y su nuevo historicismo.

Pero antes de ver de qué se ocupa la nueva historia cultural, hay que llamar a escena a Hayden White. En *Metahistoña* y en *El contenido de la forma*, White propone desde una perspectiva textualista del pasado leer el contenido a través de la forma. Radicaliza la relación con la lingüística y con la crítica literaria y llega a la conclusión de que el mundo es un texto. Frente a otras analogías de lo real: mecanismo, juego, drama, él propone la de texto. Emparentado con la lingüística sausseriana, la lengua es un sistema auto-referencial y es la forma en la que percibimos que el mundo, ergo, el análisis de ese sistema y de sus estructuras es el cometido del historiador. Así relaciona cuatro tramas: romance, tragedia, sátira y comedia con cuatro figuras o tropos: metáfora, metonimia, sinécdota e ironía y con sus correspondientes correlatos ideológicos. La forma trágica o cómica es anterior a cualquier lectura del pasado y su fuerza organizativa hace que el historiador busque en lo acontecido aquellos sucesos que encajen en ese marco y desprecie otros. Esa conciencia previa de lo histórico, de lo que puede ser considerado como tal, drama, tragedia, etc., es determinante y conocerlo es dar cuenta de los propios límites que no son los de los intereses o las condiciones materiales.

El problema de la narratividad, de cómo se escribe la historia y de cómo se nos presenta ha dado lugar a una amplia discusión en la que han participado, por citar algunos: David Carr, Louis Mink, el propio White, Gallie, Ricceur, Dray, Mandelbaum, Goldstein, Danto, LaCapra y un largo etc. Para algunos el problema es insalvable, para otros no, porque habría una correspondencia entre historia vivida e historia narrada. En cualquier caso, y por lo que aquí interesa, White parece haber estresado demasiado su argumento y ha fosilizado y formalizado lo

que no deja de ser una advertencia. Vemos el mundo a través de estructuras lingüísticas y literarias pero esto no es el final sino el comienzo. Por cada tropo, existe su contrario, por cada estabilidad de sentido su inestabilidad.

Así, frente a esta formalización textualista han reaccionado los nuevos historicistas americanos, que si bien asumen la importancia de la textualidad y su complejidad no reducen el conocimiento al lenguaje. En su caso es la antropología simbólica la que hace los préstamos. Se vuelve a hablar de contexto que ahora pasa a ser el sistema cultural del cual dependen todos los otros niveles. Incluso algunos, como Montrose llegan lejos, y dicen que un texto literario proporciona luz no sólo sobre la naturaleza del contexto sino un modelo para su estudio. Otras de las ideas que plantea el nuevo historicismo es que los modelos historiográficos son formas de opresión social y política, es la «violencia simbólica» derivada de la clasificación y de la exclusión discursivas. Para agujerear ese sistema cultural que condiciona nuestra forma de ver hay que cuestionarlo, diversificarlo y empiezan por plantearse qué es histórico, quiénes son los sujetos de la historia, la relación entre historia, identidad y memoria, etc. Por eso su interés por contravenir los códigos al uso y su recurso a lo episódico, anecdótico, contingente, exótico, sirven para escapar, trascender, contravenir los modelos de organización social. Rescatar los silencios para dar cuenta de la verdadera dimensión de la palabra. El problema que rápidamente se puede advertir es que esta corriente también puede caer en tentaciones formalistas al reificar la cultura como el lugar del todo.

Estos son algunos de los trabajos del nuevo historicismo: *La poética y la política de la cultura*, de Louis Montrose; *La historia de la anécdota*, de Joel Fineman; *El sentido del pasado: imagen, texto y objeto en la formación de la contienda histórica del siglo XIX*, de S. Bann; *La lucha por la herencia cultura*, de Arac; *Mujeres, guerra y locura, ¿hay un fetichismo feminista?*, de J. Marcus; *Feminismo y el nuevo historicismo*, de J. Newton; *La nación como una comunidad imaginada*, de Franco, *¿Hay un texto en esta clase?*, de R. Terdiman y un largo etcétera.⁹

Es fácil advertir el nuevo desplazamiento desde lo acontecido, desde el pasado al cuestionamiento de las formas de apropiación de los textos que constituyen lo experimentado, lo vivido, y también es fácil darse cuenta de la conexión que esta forma de aproximación tiene respecto del cambio y de la función política de la historia. La lucha no es externa a la forma, «sigo trabajando como hasta ahora pero desde hoy son las mujeres los nuevos sujetos históricos». La lucha empieza por

⁹ VEESER, Aram (ed), *The New Historicism*, New York, Routledge, 1989.

subvertir el orden, la forma de escribir, romper con los fundamentos, con las oposiciones tradicionales entre ficción/realidad, serio/no serio...dar cuenta de la artificialidad y de las falacias sin sustituirlas por otras nuevas. No nos debemos engañar, esto es un proceso abierto y los peligros son muchos pero el mayor, creo, es la búsqueda de consenso a costa de la diversidad. No son los nuevos sujetos históricos los que hacen de esto una nueva historia. Una historia de género que pretenda ser «la Historia» nos hace un flaco favor, o una historia nacionalista que pretenda constituirse en la única voz, está fuera de lo más rico de esta tradición reiventada. Por eso decía al comienzo que esto no es un nuevo paradigma sino una subversión de certezas para apostar por la provisionalidad y el diálogo.

de coherencias posibles

No hace falta hacer una declaración de intenciones, ni confesar todos los presupuestos que nos guían en nuestras prácticas para aprovechar la riqueza -relativa-de estos debates y de los retos que el pensamiento post-moderno ha introducido. Con independencia de lo que creamos sobre la realidad -si es una, múltiple, compleja o sujeta a regularidades-, de lo que estimemos sobre la naturaleza de lo histórico, la labor del historiador, el lugar de la explicación etc., creo, que podemos acordar que el estudio del pasado -sea el pasado o lo que nos ha pasado- tiene una dimensión textual innegable.

No creo que sea fácil encontrar a un historiador que defienda que los documentos son el reflejo de la realidad, o que el lenguaje lo es del mundo. Entonces, ¿porqué no aprovechar, incorporar esa dimensión a nuestro trabajo? La historia conceptual de Koselleck¹⁰, el análisis de discurso (la lexicografía), la semiótica, el pragmatismo, la retórica, pero también la antropología simbólica pueden ser útiles no como grandes teorías sino también como técnicas a aplicar. Todas ellas han sido incorporadas en las corrientes historiográficas que hemos visto, con éxito desigual pero también son susceptibles de ser incorporadas de otra manera. Y aquí me vuelvo deconstrucciónista, la herencia no es un fardo que uno tenga que asumir de forma pasiva. Con la herencia se puede y se debe negociar porque la responsabilidad de los historiadores no es con el pasado -con alguna verdad inmanente- sino con el presente y el futuro, somos responsables de las interpretaciones que hagamos y de sus consecuencias.

¹⁰ KOSELLECK, Reinhart, *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993

¿Cómo se traduce todo esto en acciones concretas? Sé que es poco elegante ponerse como ejemplo, pero es el que mejor conozco y que tengo más a mano. Estoy trabajando ahora en la dimensión textual del movimiento neo-zapatista, ese movimiento armado que irrumpió en la escena política mexicana en enero de 1994. Se ha escrito mucho sobre el zapatismo, sobre su portavoz, el sub-comandante Marcos y sus reivindicaciones. Buena parte de los estudios se centran en descubrir la «naturaleza» del neo-zapatismo, en reproducir su programa, sus reivindicaciones, etc. y se ha polarizado tanto el debate que hay dos bandos: los pro y los antizapatistas. En ambos casos, y a pesar de las diferencias ideológicas participan de un universo común formado entre otros nudos por una concepción común de lo político. Así los que están en contra, lo están porque ven en el zapatismo una posibilidad de pérdida de hegemonía en la actual correlación de fuerzas (nacionales e internacionales) y ven en Marcos una reedición del Che Guevara y de los movimientos guerrilleros; y los que están a favor porque esa reedición parece prometerles la entrada en el paraíso y la materialización, aunque sea diferida, de la revolución pendiente.

Visto esto, yo me preguntaba si podría haber una tercera vía y una cuarta y quinta... y me concentré no en las acciones del movimiento -que son ambiguas- sino en el lugar que yo creía que podía atrapar las matrices que daban sentido a esas acciones. Por ejemplo, me llamaba mucho la atención que en las primeras negociaciones con el gobierno central, los representantes zapatistas ante las exigencias del gobierno por fijar una fecha de reunión, contestaran «Ya les avisaremos, ya les diremos cuándo, tenemos que consultar con las comunidades». Esto, que era un enunciado, era también una acción demostrando el carácter no reflejo, sino performativo de la comunicación. Esa espera implicaba una lógica difícil de entender, también y sobre todo para el gobierno. ¿Cómo un grupo de indios que pretenden incorporarse a la participación política nacional se atreven a sugerir al gobierno central que espere? ¿Porqué actuaban de esa manera? Uno podría pensar en que su acción era un ejercicio de fuerza y puede que lo fuera. Pero había otras acciones en la misma dirección y en otros contextos que no apuntaban en el mismo sentido. Así, lo que dicen se transforma en una fuente a decodificar. Lo que dicen no se opone a lo que hacen sino que le da sentido. A condición siempre de que lo que dicen no se lea de forma literal. Si así lo hubiera hecho, habría llegado a la conclusión de que el portavoz Marcos se había equivocado de lugar y de tiempo.

El discurso de Marcos es un discurso poético, literario, no es un discurso propositivo o programático. Es un discurso político pero habla desde otro lugar y con otro código. Pronto advertí que lo que más inquietaba a los detractores del zapatismo no eran los contenidos, sino que la forma del discurso estaba fuera de lógica y que

lo que más irritaba era que estuviera firmado por un individuo que jugaba al escondite. En resumen: era poco serio. Pero advertí también que lo que más admiración provocaba en los partidarios era precisamente eso: su musicalidad y aparente inocencia y el poder adjudicarle a alguien la autoría. Visto esto podría haberme quedado en uno u otro bando: echando pestes o regodeándome en la musicalidad del discurso zapatista. Pero siguiendo las aportaciones de otros -los más arriba señalados- decidí hacer otra cosa. Tomar al discurso como problema, sin negar otros aspectos del zapatismo que pueden ser complementarios. Recoger el problema de la textualidad y, a diferencia de White, no lo perseguí con ningún tropo, ni ninguna trama, sino que me pegué a él y lo intenté recorrer. Seguí sus marcas y descubrí que la forma de ese texto daba, podía dar pautas sobre los contenidos. Suspendí las consideraciones sobre el autor y su intencionalidad que no parecían relevantes para el problema planteado. No me interesaba saber qué quería Marcos, sobre todo dada su condición de portavoz y no de dirigente, sino arrojar luz sobre acciones que no entendía. Las conclusiones a las que llegué, a las que estoy llegando, apuntan en la dirección de un discurso meta-político. Lo que hace el discurso zapatista es plantear las deficiencias de una forma de concebir lo político en México y cuestiona la forma de incorporación de las minorías al modelo de nacionalidad y ciudadanía. Nada más que eso.

Fueron las preguntas, el lugar del «yo» y del «nosotros», el testimonio, la convocatoria a los adversarios, la ironía, la relación que establece entre lo universal y lo local lo que da pistas. Les puedo asegurar que no me inventé nada. No me senté un día a pensar qué quería adjudicarle al discurso y a continuación lo escribí. No me separé un milímetro de él. Simplemente hice uso de ciertas técnicas y de la noción de competencia discursiva para aproximarme. Así pude ver porqué se atrevían a desafiar la autoridad del gobierno central, obligándole a esperar. Así puede, no diré entender, pero si aproximarme, a algunas incógnitas del zapatismo, como su reñuencia, a pesar de los incansables intentos de cooptación del PRD, a participar en el juego político partidista. Proponen otra forma de concebir lo político y la política, y lo hacen ateniéndose a las diferencias.

Bueno, ¿y qué? sería la pregunta final. Podemos asumir esa especie de excentricidad metodológica no exduyente y que sí está sometida a control. No puedo decir lo que se me antoje del zapatismo, para eso está la discusión y los contextos. No planteo en ningún momento que el discurso fuera auto-referente sino que lo ligué con el contexto, con una selección de entre los muchos contextos textualizados. Alguien podría rebatirlo y proponer otros dónde mi interpretación no se sostuviera y tendría que dar cuenta de ello. Cuanto más se conozca el contexto, los contextos, más posibilidades de someter mi interpretación a la refutación.

Ahora bien, hay otra pregunta, ¿y, qué?, no se puede decir cualquier cosa, convengamos en que toda realidad social tiene una dimensión textual, ¿adonde vamos con todo ello? Yo creo que lejos, porque el conocimiento de lo que puede ser, de la diferencia, de la posibilidad, que es en definitiva lo que plantea el discurso zapatista y lo que re-crea el análisis y sobre a lo que apunta es emancipatorio. Frente a las dos posturas, partidarios y detractores, hay otras, que reconocen en el conocimiento potencialidades, posibilidades abiertas que nos hacen más conscientes y más libres. Y lo es no sólo para los zapatistas sino para todos los consumidores de un tipo de conocimiento histórico semejante.

Por último y ya para acabar, todo esto para defender la pertinencia de «ser abiertos en nuestras cerrazones» («on being open in our enclosures») a decir de K. Jenkins y para intentar mostrar que sobre la post-modernidad no caben posturas, creo, del tipo soy partidario-no soy partidario. Nos ha tocado, y de nosotros depende qué hagamos con ello.